



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Identidad, diálogo y solidaridad: el humanismo de Leopoldo Zea y Cuadernos Americanos

Autor: Medin, Tzvi

Forma sugerida de citar: Medin, T. (1995). Identidad, diálogo y solidaridad: el humanismo de Leopoldo Zea y Cuadernos Americanos. *Cuadernos Americanos*, 2(50), 30-45.

Publicado en la revista:

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Cuadernos Americanos

Nueva Época, año IX, núm. 50, (marzo-abril de 1995).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

IDENTIDAD, DIÁLOGO Y SOLIDARIDAD: EL HUMANISMO DE LEOPOLDO ZEA Y *CUADERNOS AMERICANOS*

Por Tzvi MEDIN
UNIVERSIDAD DE TEL AVIV

LA PUBLICACIÓN DEL NÚMERO CINCUENTA de *Cuadernos Americanos* en su Nueva época constituye sin lugar a dudas un verdadero acontecimiento intelectual. En él festejamos tanto la continuidad de una labor comenzada a principios de los cuarenta, como la capacidad de *Cuadernos Americanos*, bajo la dirección de Leopoldo Zea, de innovación y confrontación con una realidad cuyas aceleradas y radicales transformaciones plantean la necesidad de compromisos y definiciones esenciales para el hombre en cuanto tal y para los diferentes pueblos del mundo.

Claro está que era de esperar que un latinoamericanista de la categoría de Zea ahondara en la problemática latinoamericana y que, además de ello, fiel a su trayectoria de tantos años, no lo hiciera exclusivamente en el plano teórico, sino que en función del mismo intentara promover desde las páginas de esta publicación proyectos cuya cristalización considera esenciales para el futuro de los pueblos del continente.

Así, por ejemplo, la cuestión de la identidad latinoamericana, que copó y copa buena parte de los artículos publicados, especialmente en los momentos de la conmemoración del Quinto Centenario, se convirtió de inmediato en problema y en debate, encontrándose estrechamente ligada a la problemática de la integración latinoamericana, de la cual es sin lugar a dudas *Cuadernos Americanos* un conducto privilegiado.

Zea, quien comenzó su carrera académica como historiador de las ideas, fue consciente desde un principio que esta inmersión suya en el pasado era necesaria para poder comprender mejor su presente y poder así confrontarse con las urgencias del mismo. Y esta idea de lo intelectual como la conjunción entre la toma de conciencia, la

crítica y la confrontación, todo ello en función de un humanismo de carne y hueso, lo ha venido acompañando y delineando su itinerario intelectual. Es por ello que de la historia de las ideas llegó prontamente a una filosofía crítica de la historia latinoamericana, en la que la conciencia de la dependencia y la urgencia de liberación se convirtieron en sus aspectos fundamentales.

De este modo la urgencia de liberación se convirtió en un eslabón central de su discurso, que vino a unir esencialmente historia y filosofía con una actitud práctica, con una constante búsqueda y postulación de senderos. Y es en este sentido que también la problemática de la identidad latinoamericana se plantea conectada esencialmente con la de la integración continental.

Es por esto que no debemos sorprendernos cuando, al escribir en el número 11 de *Cuadernos Americanos* dedicado al Quinto Centenario, Zea titule su artículo muy pragmáticamente “¿Qué hacer con quinientos años?”. Zea es consciente del debate acalorado del momento. Unos hablan de descubrimiento, otros de encuentro, o de invención o de tropiezo o de autodescubrimiento. Él mismo propone *encubrimiento*, resaltando que es claro que en cada denominación se reflejan los sentimientos de los que la otorgan, mas agrega de inmediato: “Pero dígame lo que se diga, piénsese lo que se piense, todo eso es ya historia, y el 12 de octubre de 1492 un ineludible hecho histórico”. Se trata, nos dice, de un hecho histórico, y en cuanto tal no puede ser cambiado. Entonces, ¿qué hacer con él?

Zea rechaza tanto los festejos como el repudio, considerando que lo que se impone es una reflexión creativa que permita la planificación de un futuro común entre los pueblos iberos y los iberoamericanos, entre los americanos y los europeos en general. O sea que la conmemoración debía convertirse en puente de comunicación y colaboración y no de recriminaciones de tal o cual signo. No es que ello implique desentenderse del pasado (el mismo Zea escribe numerosas páginas sobre el “encubrimiento” ideológico de América), sino que lo que sí implica es el asumir tal pasado para trascenderlo. Como siempre, en este artículo de *Cuadernos Americanos* Zea entra a la problemática histórica para intentar trascenderla en función de una visión humanista. Mas de este artículo nos interesa exclusivamente aquí resaltar este aspecto específico de la conjunción de lo intelectual y lo práctico de Zea, aspecto que se convierte también en característica de *Cuadernos Americanos*.

No se trata sólo de la conjunción de teoría y praxis, sino que amén de ello el problema de la identidad y la integración latino-

americana, por ejemplo, se plantean, por lo general, dentro del ámbito global de un mundo que no es ya considerado meramente como algo en confrontación con lo latinoamericano (colonialismo y neocolonialismo o imperialismo). No es ya solamente el pasaje de la condición de objeto al de sujeto en medio de un proceso de liberación cultural y axiológica que caracterizó buena parte de la labor intelectual latinoamericana de este siglo, sino que a la par de esta labor se da ya también su enlace con una nueva postura. Se trata de la perspectiva desde una América Latina constitutiva, a la par de los demás y en pie de igualdad, de un mundo en constantes transformaciones, un mundo problemático en cada uno de sus diversos frentes, un mundo en el que a cada región y a cada pueblo cada vez le es más relevante, le influye y le importa más lo que sucede a todos los demás. Un mundo que cada vez es más nuestro mundo, el de todos, y no sólo el de unos cuantos. Un mundo en que el derrumbe de la Unión Soviética, la guerra del Golfo Pérsico, la unificación europea, el Tratado de Libre Comercio de la América del Norte, las guerras y las matanzas en los Balcanes tienen inmediata trascendencia para todos sus rincones, un mundo que parecería hacer patente en cada momento, tal cual se expresa en las páginas de *Cuadernos Americanos*, que si bien la integración latinoamericana constituye un imperativo, la interrogante sobre los nuevos marcos, conductos y opciones de la integración mundial también implica desafíos ineludibles.

En el número 25 de la Nueva época de *Cuadernos Americanos* Zea escribe un primer artículo bajo el nombre de "La integración latinoamericana como prioridad", y en el número 29, por ejemplo, hay artículos sobre identidad e integración latinoamericana, como en muchos, muchos más. Los artículos sobre lo latinoamericano son lo central evidentemente, dándose también una fructífera acentuación, mucho más amplia e insistente, sobre dimensiones previamente algo marginadas, como en el sobresaliente caso de la literatura, sintiéndose la mano de Liliana Weinberg, quien ayuda a abrir el abanico de las creaciones culturales reflejadas en la revista. Pero también encontramos un número 43, por ejemplo, que simboliza mucho de lo que queremos explicitar en estas líneas: comienza con un artículo de Zea titulado "Chiapas, yunque de México para Latinoamérica", pero se dedica en su mayor parte, con doce artículos, al tema "Europa: integración y desintegración".

Indudablemente la enorme mayoría de los temas y de los artículos con los que nos topamos se centran en la problemática y la vivencia latinoamericana y del Caribe, pero a los cincuenta años de

la aparición de *Cuadernos Americanos* nos encontramos con que el número 36 de la Nueva Época dedica toda su primera parte, nueve artículos, a "Itinerarios de la alteridad", con títulos como "El Japón en la época de los descubrimientos" o "El encuentro entre los portugueses y los africanos: el caso del Congo". O, por dar otro ejemplo, el número 21 comienza con un artículo titulado "Trinidad: la Revolución Francesa, Napoleón y la invención de Alemania". Y del mismo modo la conmemoración de los doscientos años de la Revolución Francesa encuentra un espacio central en diversos números de *Cuadernos Americanos*. Claro que en su mayoría los artículos que se le dedican se centran en la relevancia de tal magno acontecimiento para los pueblos latinoamericanos, en lo ideológico, lo filosófico, lo histórico, etc. Pero nos topamos también con "Reinterpretando la Revolución" y "La dialéctica social de Rousseau como la premisa ideológica de la Gran Revolución Francesa". O, en el mismo año, el artículo de Mijail Gorbachov, "Un denominador común para la humanidad", o el de Michel Rocard, "Europa, una superpotencia para la humanidad".

Lo propio, entonces, lo característico, lo diferente que es Latinoamérica, por sí misma y con sus diversos tipos de conexión con los otros pueblos del mundo, con su creación cultural, sus problemas políticos y económicos, con su problemática de identidad, de integración y de liberación. Pero también el mundo, el hombre, los otros, que son como nosotros, diferentes, y con quienes nos encontramos cada vez más estrechamente unidos en un destino común. *Cuadernos Americanos* ve al hombre en su dimensión común, en su dimensión humana global, y por ende necesariamente en su concreción latinoamericana. Y así lo escribe el mismo Zea al referirse a la conmemoración de los cincuenta años de *Cuadernos Americanos* en el número 31:

Ahora, más que nunca, se habla de integración de la región y de los cambios que han de realizarse para incorporarse... plenamente al mundo del que es parte, pero en otra relación que no siga siendo la de la dependencia. Integración regional, continental y universal... Participación ineludiblemente global pero en una relación horizontal de solidaridad y no vertical de dependencia. Así como la relación solidaria con pueblos al otro lado del Atlántico..

Se trata, entonces, de una apertura del horizonte de 360 grados, desde el centro latinoamericano, pero abriendo constantemente las páginas de *Cuadernos Americanos* a los temas de carácter global y a

las líneas escritas por intelectuales de todas partes del mundo desde los cinco continentes, que por cierto integran el Consejo Internacional de la revista. De este modo se hace patente la idea expresada por Zea en su *Discurso desde la marginación y la barbarie*, respecto de la pluralidad de los centros como expresión de humanidad, siendo esos 360 grados el horizonte común de todos y cada uno de estos centros de humanidad. Centros que en su misma expresión plural vienen a cancelar la calidad de marginalidad de los pueblos, cualesquiera sean éstos.

Y en verdad, en su *Discurso* Zea completó lo que podríamos denominar la “revolución copernicana” que había comenzado desde sus primeros escritos. En *América en la historia* había intentado situar la historia de América Latina dentro del contexto de la historia universal en relación con un orden y un centro de poder planetarios, en otras palabras, con el mundo occidental. Y frente a este centro, los pueblos supuestamente marginados. En el *Discurso*, en cambio, se trata de un discurso *desde* la marginalidad y la barbarie, que por ende se convierte así en el centro desde el que se conceptúa la historia europea y del mundo occidental. Zea plantea al mundo occidental frente a la necesidad de confrontar una interpretación de sí mismo desde una supuesta periferia que se ha convertido en centro al recuperar su categoría de sujeto histórico, y que lo cataloga en función de las mismas categorías que le habían impuesto previamente. Los mismos editores del libro de Zea en francés escriben que la filosofía y las intenciones de éste “seguramente provocarán molestia”. Y es que resulta que, *a priori* de lo que se escriba, en lugar de ser ellos los que observan, califican y degradan, son ahora ellos mismos los observados y los calificados, aunque de ninguna forma los degradados:

La supuesta marginación y barbarie no son sino expresiones de peculiaridades propias de todos los hombres. En este sentido todo discurso lo es de una cierta expresión peculiar de humanidad, peculiaridad que no anula sino afirma su humanidad. El hombre, todo hombre, es igual a cualquier hombre. Y esta igualdad se deriva, no de que un hombre o un pueblo puedan ser o no copia fiel de otro, sino de su propia peculiaridad. Esto es, un hombre o un pueblo es semejante a otros por ser como ellos, distinto, diverso. Diversidad que lejos de hacer a los hombres individuos más o menos hombres, los hace semejantes. Es este peculiar modo de ser de hombres y pueblos que debe de ser respetado. Negar o regatear tal respeto será caer en la auténtica barbarie; la del que pretende rebajar al hombre como cosa. La del que pretende utilizar a otro hombre o a otro pueblo, y la del que acepta ser utilizado.

En fin, como vemos, la “revolución copernicana” de Zea no viene a cambiar un centro por otro, sino a conceptualizar la humanidad en función de sus múltiples y concretas expresiones, centros integrados en el horizonte de la humanidad. Zea, que se nutrió profusamente en sus primeros pasos de la filosofía orteguiana, convierte el perspectivismo epistemológico y ontológico de Ortega en una ética humanista concreta.

Pero si bien se plantea muy claramente esta relación en *Cuadernos Americanos*, no menos claramente se plantea el que la relación de solidaridad está lejos de la unanimidad de opiniones y del consenso a menudo sospechoso. Por el contrario, se trata de la solidaridad en la diferencia y por ello casi *a priori*, en el diálogo, que a menudo es debate, disidencia, discusión. Pero resulta que las disidencias fácilmente suelen convertirse en desconexión y desconocimiento del otro en medio de una relación jerárquica que, “por casualidad”, se estructura siempre desde nosotros mismos hacia abajo. *Cuadernos Americanos* labora constantemente por convertir estas disidencias nulificantes, que por cierto dan lugar al monólogo egocéntrico, en diálogo. No es esto nada fácil, especialmente cuando la realidad nos va colocando diariamente frente a disyuntivas que, si por un lado son urgentes y exigen una definición y un compromiso inmediatos, por otro lado son parte de procesos históricos en medio de los cuales se ha venido acumulando un bagaje de posturas, sentimientos, resentimientos, rencores, que no conducen precisamente al diálogo. Las posturas son a menudo opuestas por completo, y convierten a tal diálogo en arduo, difícil, y para muchos imposible. Mas es precisamente en estos casos que el mantenimiento del diálogo se convierte en una necesidad vital, una necesidad para la vida como única opción al desconocimiento mutuo y a la destrucción. Quien escribe estas líneas desde el Medio Oriente tiene plena conciencia del significado de estos conceptos. *Cuadernos Americanos* abre ampliamente sus páginas para tal diálogo dando expresión a las más diversas posturas, y parecería que también aquí la labor de Zea viene a ejemplificar esto de modo contundente.

Zea se preocupa por publicar en *Cuadernos Americanos* artículos y cartas personales a él dirigidas en las que se expresan no solamente posturas diferentes a la suya, sino inclusive críticas extremas y a veces totales, ya sea de actitudes que ha adoptado durante los últimos años frente a diversos conflictos en diferentes partes del mundo, como de su obra en general. Claro que estas críticas pueden ser legítimas, pero a veces su forma y su contenido vienen a

eliminar el diálogo para dar paso a la exclusiva incriminación en la disidencia. Y es precisamente muy ilustrativo de la actitud de Zea que publique también estas críticas, ejemplificando de tal modo la alternativa y el imperativo ético e intelectual del diálogo, no sólo al defender sus posturas y sus ideas, sino también al responder dialógicamente convirtiendo de hecho la ruptura inicial en diálogo, en el mutuo reconocimiento.

Un caso típico de la importancia esencial del diálogo en *Cuadernos Americanos*, se da en el número 11, dedicado fundamentalmente al Quinto Centenario, en el que bajo el título de “¿Descubrimiento o Encuentro?” se publican tres artículos. El primero es del prestigioso historiador Silvio Zavala, quien critica posturas de Zea, el segundo la respuesta de Zea, y finalmente otras breves líneas de Zavala. No nos ocupa aquí el contenido de este debate, sino la ilustración de lo que venimos afirmando en estas líneas.

El número 28, en cambio, nos permite ilustrar el otro tipo: el del intento de convertir en diálogo la incriminación nulificante, o como lo define el mismo título del apartado del debate en *Cuadernos Americanos*, el intento de “Discrepar para comprender”. En este número se publican las conferencias dictadas durante la reunión de la Sociedad Europea de Cultura dedicadas al tema “Razón de Estado y razón del hombre”. Entre ellas se encuentra también el texto de la conferencia dictada por Zea: “De la guerra fría a la guerra sucia”. Se trata de un texto sumamente polémico, con algunos de cuyos puntos disentimos en lo personal, que provocó, entre otras, la reacción violenta de Herbert Lamm en una carta personal a Zea. En ésta Lamm dice que Zea se expresó como un propagandista veterano, por medio de ideas “que pertenecen a un cuerpo bien conocido de ideología marxista-leninista, con una coloración tercer mundista y antiamericana”. Frente al humanismo de los intelectuales europeos la concepción de Zea, que considera explicable por su vivencia intelectual latinoamericana, le parece más bien “antihumanista”. Pero esto es sólo para comenzar. En especial le molesta que Zea atribuya a los Estados Unidos “artimañas diabólicas” imaginarias y que nada tienen que ver con la realidad. “Su relato es finalmente una suerte de cuento infernal que sería una especie de anti Anderson apócrifo, un cuento cuyo héroe sería un diablo llamado iUSA! ¿No será usted mismo ese diablo, señor Zea?”.

¿Qué hacer al recibir una carta tal y tales calificativos? Evidentemente que muchos de los conceptos expresados por Zea en su conferencia pueden dar lugar a la crítica y al debate, pero ¿pasarlos todo al plano de la satanización? ¿Zea sataniza a los Estados

Unidos y Zea debe enfrentarse a la pregunta de si él mismo no personifica al diablo? Pues bien, Zea decide publicar la carta y darle respuesta, discrepando, claro está, pero explicando, razonando, dialogando..., inclusive frente a una carta tal. *Cuadernos Americanos* haciendo patente el imperativo del diálogo a toda costa.

Zea comienza por reconocer que su manera de pensar es propia de su vivencia latinoamericana, del mismo modo que la de Lamm es propia de su vivencia europea, “pero”, agrega de inmediato, “no creo que esta diversa situación impida la posibilidad de comprensión de diversos puntos de vista”. ¿Satanización de los Estados Unidos? Pues “Estados Unidos han sido siempre admirados y sus instituciones vistas como modelos a realizar en la región”, aunque, claro está, otra cosa es lo que los Estados Unidos hayan hecho para evitar que en América Latina se hicieran realidad los mismos ideales que consideran esenciales para sí mismos. ¿Una metafísica del diablo? Así escribe respecto de Estados Unidos:

Es pura y simplemente una potencia, y como tal actúa como ha actuado Europa en su expansión sobre el mundo, como actúan en la misma Europa las naciones que han tratado de imponer su hegemonía. Así lo han hecho también asiáticos y posiblemente lo harían los latinoamericanos si hubiesen podido alcanzar un poder semejante.

Y luego de fincar muy claramente en la dimensión histórica todo su análisis (más claro imposible), agrega la dimensión axiológica, humanista por excelencia: “Pero esto es, precisamente, lo que no debe, lo que no puede seguir siendo”.

No es nuestra intención analizar el contenido del debate y de la postura de Zea, con quien, por ejemplo, disentimos en su postura precisamente frente a la Guerra del Golfo Pérsico. Lo que queremos hacer notar es el modo en que toma en este caso extremo su propia deslegitimización-satanización para convertirla en opción de debate, explicando, razonando, dialogando. Y es precisamente en este espíritu que finaliza su respuesta:

Quiero hacerle llegar también la expresión de mis mejores sentimientos en la búsqueda de una mejor comprensión de diversos puntos de vista y no de pura recriminación. La diversidad es propia de la razón del hombre, ya que sólo razones de Estado podrían impedirlo.

Y son dignas de citar aún estas otras líneas de otra carta de Zea a Lamm publicada en *Cuadernos Americanos*:

Sus puntos de vista y los míos, como usted lo expone, tienen su inevitable origen en la diversidad de vivencias. Diferencias y vivencias no sólo continentales, nacionales o familiares, sino originadas en la inevitable formación que se recibe. Los individuos son eso, individuos, y por ello hombres concretos con sus inevitables puntos de vista que han de superarse con comprensión. Lo importante es esta superación, nacida del afán por comprender y hacer comprender. De otra forma se caerá en la soledad absoluta, la plena deshumanización.

No hay necesidad de agregar comentarios. A lo latinoamericano constitutivo, en pie de igualdad y a partir de su diferencia específica, del mundo actual y de la confrontación con sus urgentes desafíos, se agrega el imperativo dialógico como otro elemento esencial de *Cuadernos Americanos*. Un imperativo dialógico cuya razón de ser es tanto racional (la comprensión de otros argumentos y otros puntos de vista) como moral (la comprensión del otro como diferente), en el entendimiento que somos todos iguales en nuestro común derecho a ser diferentes. Una razón de ser racional y moral del imperativo dialógico que viene a ser la esencia del humanismo de Zea, y de la impronta que deja sobre *Cuadernos Americanos*.

En este espíritu consideramos quizás como lo más adecuado señalar escuetamente hacia el final de estas líneas precisamente dos o tres puntos de debate con posturas adoptadas por Zea en los últimos años, para luego de hacerlo intentar comprender no sólo las posturas específicas de Zea en estos casos concretos sino asimismo intentar comprender el significado general de las mismas. O sea, discrepar para comprender. Se trata de un cierto paralelismo que parecería surgir de algunas expresiones de Zea en lo que se refiere al papel de la Unión Soviética en la Europa Oriental y al de los Estados Unidos en la Europa Occidental, y en segundo lugar a la Guerra del Golfo.

Mas parecería que debamos confrontar previamente otra pregunta que surge de la lectura de algunas de las críticas a Zea: ¿acaso la falta de acuerdo con algunas de las posturas de Zea frente a acontecimientos concretos implica necesariamente el rechazo de sus escritos filosóficos? O, si no, ¿acaso se da una conexión esencial y necesaria entre la filosofía de Zea y cada una de las posturas adoptadas por él, tal como lo expone Zdeněk Kořím, quien por cierto conoce muy bien lo escrito por Zea? Kořím sostiene que Zea, "encerrado en su esquema explicativo binario... se ve obligado a calificar como negativas prácticamente cualquier iniciativa, acción

y empresa de los Estados Unidos, y recíprocamente rotular de signo más bien positivo... las que contrarían o se oponen a ellas”.

Koŭrím, que vivió en Checoslovaquia, nos recuerda que Zea vio en los Estados Unidos los iniciadores de la guerra fría en tanto hablaba solamente de una “supuesta” amenaza soviética. Y asimismo recuerda, entre otros casos, la ya mencionada conferencia de Padua, en la que Zea señaló que mientras las tropas soviéticas volvían a sus hogares para imponer el orden en ellos, los Estados Unidos empeñaban la guerra sucia imponiendo por su armamento la seguridad y el orden en el mundo libre, como sucedió en Panamá. Koŭrím afirma, en su bien elaborado artículo, que se trata de un “paralelo valorativo abusivo entre un sistema totalitario agonizante, no mejorable, y un sistema democrático imperfecto, pero enmendable”. Según Koŭrím se trata, en estos y en otros casos, de errores de juicio de Zea que son tributarios de “un método inherente al sistema maniqueo de pensamiento”. Un maniqueísmo que, según cree, en Zea se viene a coronar con un tercer término, con el profetismo de una *Aufhebung* que conduciría a una nueva humanidad.

En fin, traemos estas críticas de Koŭrím por considerar que son sumamente ilustrativas del problema que planteamos, aun antes de apuntar algunas de nuestras discrepancias con ciertas posturas de Zea. ¿Se trata de la crítica de tales o cuales posturas en las que diversas personas caen en divergencia necesariamente de tanto en tanto, o se trata del rechazo del pensamiento de Zea en su totalidad?

Koŭrím considera que estas posturas constituyen una consecuencia inevitable del pensamiento esencial de Zea; de su “sistema binario básico” o de un “método inherente al sistema maniqueo de pensamiento”, por un lado, y de su profetismo utópico, por otro. Pero bien puede decirse que quizás las conclusiones de Koŭrím surgen en un orden inverso al por él explicitado, o sea que en realidad remonta en función de tales posturas u otras de Zea a la caracterización del *corpus* teórico del filósofo. No decimos que sea adrede, evidentemente, sino de una trampa en la que todos los historiadores o analistas podemos caer, y que se nos aparece como posibilidad en cuanto núcleo hay en la obra de Zea que no encaja en la caracterización de “pensamiento maniqueo”. Además de que en la historia americana hay tanto del intervencionismo estadounidense, desde la época de la anexión de la mitad del territorio mexicano hasta el relativamente reciente golpe contra Allende, por ejemplo, o su apoyo a los regímenes militares en esa misma época, que realmente sobre

este contexto histórico las acusaciones deberían ser mucho más cautelosas. El mismo Zea estipula que si se recuerdan las declaraciones de Bush o Reagan, parece que es meridianamente claro quiénes son los que sustentan ideas maniqueístas, si el filósofo mexicano o los presidentes de la gran potencia. No fue Zea quien habló del "Imperio del Mal".

Amén de ellos es imposible hablar de maniqueísmo cuando se exige para uno mismo lo que son ideales fundamentales del contrincante, como la libertad, la democracia, la autodeterminación, la prosperidad. Y esto es lo que hace explícitamente Zea al afirmar que se trata de los ideales de los Estados Unidos. Puede haber lugar para la crítica del pensamiento de Zea, pero frente a la realidad histórica y frente a estos puntos aquí presentados parecería que la de maniqueísmo es una salida fácil y se imponen, en todo caso, otras categorías para conceptualizar el pensamiento del filósofo mexicano. El mismo Koúrim está mucho más cerca de ellas cuando habla en su artículo también de la dialéctica de Zea, aunque lo hace para señalar su aspecto fatalista, determinista, impositivo, en tanto que nosotros consideramos que Zea se desprende precisamente de la dialéctica de este tipo para entrar en otra que es la que enfrenta a los hombres de carne y hueso, que en la lucha por la libertad van fijando su destino.

Y en este contexto, y aún en medio de esta labor de "desmaniqueización" del pensamiento de Zea, quisiera prestar atención al tercer término explicitado por Koúrim: "el profetismo" en función de una *Aufhebung* que viene a elevarnos a una nueva humanidad, siempre por llegar pero que nunca llega. El denominado profetismo no es un tercer término situado en el futuro para Zea. Por el contrario, se halla presente en todos sus análisis de la realidad histórica latinoamericana, puesto que los mismos son análisis críticos, y como tales se dan en función de una dimensión axiológica determinada. El supuesto profetismo de una humanidad mejor se encuentra en todas sus páginas históricas como realidades, como una serie de ausencias, de huecos negros, de falta de humanidad en medio de la deshumanización, de falta de prosperidad en medio de la explotación, de falta de dignidad en medio de los vejámenes, como una realidad que, tal como lo dice en múltiples oportunidades, no puede seguir siendo. Es de la realidad de lo que habla Zea.

Koúrim escribe unas líneas sobre la filosofía de Zea que aceptamos absolutamente, aunque lo hace sólo para criticarlas de inmediato. Así escribe en un principio: "Para Leopoldo Zea, la meta

de la filosofía es el cambio procedente de una toma de conciencia, cual choque salvador, y regido conforme a una exigencia moral de validez universal. Un choque dinámico por excelencia y que podríamos calificar como un proyecto aparentemente impecable...'. También la formulación de Kouřím es impecable, mas enseguida viene la complementación:

Proyecto de inspiración orteguiana, pero que se sitúa, con todo, finalmente, en la oposición del de Ortega porque, para hallar su justificación, tiene que realizarse, alcanzar imperativamente el éxito; el cambio, "el momento de la transformación", de la "praxis política" es aquí prioritario.

O sea que si bien Ortega habla de la filosofía como de una ocupación que no vive de sus consecuencias ni se justifica por sus logros, e inclusive la caracteriza como "un fracaso permanente", Zea en cambio vendría a estar planteando una filosofía que en función última se encuentra pendiente, en lo que se refiere a su justificación, de criterios extrafilosóficos, o sea el éxito, la realización del núcleo profético de su filosofía.

Pues bien, en verdad se da aquí una relación esencial entre lo filosófico y lo que se podría denominar como un criterio extrafilosófico. Pero, como ya lo hemos apuntado, ese criterio extrafilosófico es la realidad histórica y la realidad actual, o sea los mencionados "huecos" negros alumbrados por el reflector axiológico. De modo que la justificación del discurso de Zea no se encuentra en su dimensión profética, futurista, sino que surge de la confrontación con una realidad, en lo que tiene y en lo que carece. Su justificación reside en la negación de tal realidad, independientemente de que sus deseos se realicen o no. Se trata de una teoría crítica, y por ende esencialmente imbuida de la dimensión axiológica. No solamente que la crítica y la lucidez exigidas por Kouřím no se encuentran reñidas para Zea con el mundo de los valores, sino que inclusive se encuentran esencialmente conectadas con él.

Más aún, como ya lo hemos explicitado en otras oportunidades, Zea nunca dibuja ninguna sociedad futura, y rechaza de antemano todo modelo, lo que por cierto no deja de mencionar Kouřím. Zea es, en este sentido específico antiutopista, por excelencia. Lo que sí postula son los criterios que axiológicamente deben caracterizar la sociedad humana, criterios que surgen en función de la negación de aquellos prevaecientes en la actualidad, y que vienen a ser sus negativos: la negación de la negación. Y claro está que se trata de

los criterios prevalecientes a nivel universal, y no sólo en tal o cual reducto de la prosperidad y la democracia.

Por esto la justificación del discurso de Zea se encuentra en el pasado y en el presente y no en el futuro. Pero diríamos más aún. Es verdad que Ortega escribe ampliamente de la filosofía en el sentido señalado por Kořrím, pero diríamos que quizás en la misma obra intelectual de Ortega podemos detectar el hecho de que precisamente el filósofo español va ascendiendo, también él, de su experiencia política, personal inclusive, a la formulación de diversos aspectos esenciales de su propia filosofía. Buena parte de su obra de los treinta, en la que habla de "ensimismamiento", se dio evidentemente en función de su pésima experiencia política a principios de los treinta, criterio extrafilosófico que parecería que definió buena parte de su labor filosófica. Sus conclusiones filosóficas por esos años eran similares a sus decepciones políticas, o sea que estas últimas no sólo fueron objeto de sus reflexiones, sino asimismo aportaron (por no decir más) a las mismas conclusiones.

De todas formas, es necesario puntualizar que este cambio de opiniones con lo escrito por Zdeněk Kořrím está lejos de ser definitivo, puesto que no cabe duda de que sólo viene a abrir el campo para una profundización en la temática, debido a que Kořrím lleva a cabo su crítica desde una perspectiva propia centrada en una muy determinada concepción de la metodología filosófica.

Ahora bien, cuando hablamos de huecos, nos referimos también a aquellos que se han venido perpetuando por la acción de diversas oligarquías y regímenes latinoamericanos a lo largo de la historia. Zea los ha criticado en innumerables oportunidades. Más aún, con no mucho de suspicacia hubiera sido posible prestar atención a que el término utilizado por Zea para acusar a los Estados Unidos en su conferencia de Padua, que tantas reacciones causó, el de "la guerra sucia", fue tomado por él precisamente de su misma América Latina y de la funesta experiencia de los regímenes militares allí por los sesenta y los setenta. Los mismos regímenes que propagaron en sus propios países la muerte, la desaparición, los campos de concentración, el terror y las persecuciones hasta hace contados años. Y entonces resulta que del lado de "los malos" se encuentran los mismos liderazgos de diversos pueblos latinoamericanos que fueron los que inclusive dieron lugar a la misma denominación utilizada por Zea: "la guerra sucia". Claro que Zea critica a los Estados Unidos en innumerables oportunidades (¿quién no sabe de su centenaria injerencia en el continente?), pero ¿dónde está su método mani-

queísta cuando en sus páginas se encuentra, por un lado, la admiración por los ideales estadounidenses y, por otro, la crítica áspera de diversos regímenes del continente? ¿Y acaso no enfiló su acerba pluma contra el mismo PRI de México, señalando en una ocasión inclusive que se enfilaba hacia el fascismo? No, no hay aquí maniqueísmo alguno, y tampoco profetismo alguno, sino una realidad histórica en la que los Estados Unidos han tenido un papel sumamente definido (¡aunque Zea inclusive llega a decir que quizás los latinoamericanos hubieran hecho lo mismo si hubieran tenido el poder de la gran potencia!) que ha venido siendo aprendida por Zea desde una perspectiva crítica esencialmente humanista. Son tantas las páginas de Zea en las que se expresa la exigencia de la reivindicación de los latinoamericanos en función de su calidad humana como aquellas otras en las que exige la solidaridad y la mutua comprensión y no la destrucción del oponente:

Filosofía del hombre en su sentido más amplio, pero sin que su punto de partida deje de ser concreto, el de nuestra individualidad y el de nuestra nacionalidad. En este sentido es como buscamos cambiar la relación de dependencia de que tomamos conciencia por una relación de solidaridad, de pares entre pares, de iguales entre iguales. Nos abrimos al mundo pero sin dejar de ser parte concreta de este mundo. Así nuestro nacionalismo cultural, lejos de desaparecer, se acrecienta asimilando las expresiones de otras culturas a la vez que enriquecemos a éstas, en un acto de reciprocidad, con nuestras propias expresiones.

¿Meramente palabras? ¿Simple retórica? ¿Mero profetismo? Es posible desentenderse de esta parte central del pensamiento de Zea, aunque quizás pueda ser muy fácil valorarla en su justa medida si recordamos el precio cobrado por las reivindicaciones de algunos nacionalismos europeos que sí postularon esquemas ideológicos realmente maniqueos durante este siglo nuestro. Con Zea tenemos simplemente un verdadero humanismo.

Estoy en desacuerdo, entonces, con la apreciación global de Kouřím de la obra de Zea en estos aspectos esenciales, lo que no evita que pueda coincidir con él en ciertas críticas concretas a algunas de las posturas adoptadas últimamente por Zea.

La guerra contra Irak, por ejemplo, es captada por Zea en función de intereses petroleros, y hay en esto evidentemente una gran parte de la verdad: primero se utilizó a Irak contra Irán y luego contra el mismo Irak cuando éste se “anexa” a Kuwait. Mas, ¿la guerra contra Irak es “la guerra sucia”, pero la agresión contra Kuwait es

simplemente “anexión”? ¿Acaso el que los Estados Unidos libren una guerra sucia le da derecho a Irak de simplemente borrar un Estado del mapa? La “intervención” en Panamá es criticable, ¿la anexión de Kuwait no? Zea se queja asimismo de que los Estados Unidos reclamaron en las Naciones Unidas el castigo inmediato de Irak, que no cumplía con las resoluciones del organismo internacional, pero no exigió lo mismo con respecto a Israel y su intervención en Palestina. La verdad es que parecería que estos casos son algo más complicados, por lo menos en su estricta conexión con el organismo internacional, puesto que, por ejemplo, en 1948 las Naciones Unidas decidieron sobre la creación de dos Estados, uno palestino y otro israelí, repartición aceptada por Israel a pesar de sus diminutas dimensiones, pero desatada por los países árabes que atacaron inmediatamente a Israel, y perpetuaron hasta esos momentos de la Guerra del Golfo su desconocimiento de tales resoluciones de las Naciones Unidas. Se trata de una situación complicada y trágica por igual que para suerte de todos parece encaminarse en nuestros días hacia una solución pacífica. Pero no es nuestro objetivo entrar a fondo en estos problemas, sino simplemente apuntar algunos casos en los que discrepo de las posturas de Zea, sin que por ello deje de encontrarme entre aquellos que admiran su obra y su labor intelectual.

El otro ejemplo al que queríamos relacionarnos es el de su apreciación de la realidad europea occidental, en el sentido de que, “como la del Este”, también se hallaba bajo cautiverio desde 1945, ocupada por las fuerzas estadounidenses en supuesta defensa de su autoridad, para impedir la supuesta agresión comunista del Este.

Como se ve, se trata también de mi coincidencia con otra de las críticas de Kořím, e inclusive de Lamm en este caso, pero sin considerar que ello implica el rechazo del pensamiento de Zea y, menos aún, ni qué hablar, su satanización. Por el contrario, me parece que lo hago precisamente como alumno de Zea.

El paralelismo entre la situación europea occidental y oriental es evidentemente difícil de sostener. Las fuerzas estadounidenses en Europa no tienen nada que ver con los tanques soviéticos que aplastaron la libertad en Hungría y en Checoslovaquia, y nunca amenazaron los estadounidenses hacerlo en Francia, Holanda o Bélgica, por ejemplo, Estados democráticos e independientes, y no integrantes de un imperio totalitario. Sí lo hicieron en innumerables oportunidades en América Latina, pero si bien los hechos hablan por sí mismos en este continente, lo hacen en un sentido completamente opuesto en el otro.

En fin, limitémonos simplemente a estas escuetas líneas al respecto. Los parámetros historiográficos de *Zea* y lo que hemos denominado su humanismo de carne y hueso, bien pueden considerarse como un *corpus* teórico y ético que nos otorga asimismo los parámetros adecuados para el juicio de diversos casos específicos en nuestra historia presente, pero ese *corpus* no se ve comprometido por el modo de aplicación de tales parámetros en casos concretos, inclusive por parte del mismo *Zea*.

Si bien señalamos los desacuerdos, parecería que quizás en lo esencial de la postura de *Zea* hay aún mucho por aprender, y lo esencial es que *Zea* no se deslumbra por la caída de uno de los imperios y continúa plantándose frente al que aún queda, exigiendo la reivindicación de la humanidad aún negada para tantos pueblos. Considera simplemente que no fueron los soviéticos los que crearon la dependencia americana y que no será su derrumbe el que la haga desaparecer. Y es precisamente en nuestros días, cuando todos los políticos del continente se ven impelidos a laborar dentro de la hegemonía estadounidense y hacer ideología de sus urgentes necesidades, que otra vez, desde la perspectiva filosófica con su valor universal que trasciende la mera coyuntura histórica, *Zea* nos dice que siempre que exista la opresión deshumanizada y deshumanizante (que no siempre se ve personificada en los guardianes de los campos de concentración soviéticos, sino que a veces toma la forma de los grandes capitanes del capitalismo occidental) debe escucharse la voz de la reivindicación humana. No siempre concordamos con *Zea*, pero no cabe duda que en estos momentos representa una de las pocas voces que consideran que lo que ha quedado en pie hoy en día puede ser algún *modus*, pero seguramente no *vivendi*, para gran parte de la humanidad. ¿Aguafiestas? Sin lugar a dudas, pero no para aquellos pueblos que aún no han comenzado a festejar. Y en medio de todas estas discrepancias hay que reconocer el valor y el coraje de *Zea* de ser una especie de voz en el desierto cuando todos dicen que es un jardín; la del valor, a sus ochenta y dos años, de ser el niño que no duda en exclamar que el rey está desnudo.

Y si estas últimas líneas fueron un tributo de discrepancias para comprender mejor, pocos lugares mejores para destinarlas que *Cuadernos Americanos*.